

**LA ELITE NO SIEMPRE PIENSA LO MISMO.
INDIGENAS, ESTADO, ARQUEOLOGIA
Y ETNOHISTORIA EN COLOMBIA
(Siglos XVI a inicios del XX)**

A la memoria de Juan Friede

Carl Henrik Langebaek*

* Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá

This paper explores the relationship between politics and the history of archaeology in Colombia. Traditional views hold that archaeology mirrors elite interests that search for a legitimation of their rule. This legitimation usually identifies the origin and activities of the elite with the pre-Columbian past. The argument of this paper is that the Colombian elite has never held a homogeneous view about the pre-Columbian past. Both radical indigenism and radical Eurocentrism have been maintained by different sectors of the elite. The paper emphasizes that a number of archaeological interpretations about the past have been advanced in the country, despite elite control of archaeological research. Thus a call is made against relativist positions that would prevent scientific research from teaching us something about the past.

En un artículo reciente, Willey (1991) afirma que los intereses de la arqueología han oscilado tradicionalmente entre el deseo de hacer ciencia y el de hacer humanismo. Quizás la diferencia entre una y otra es artificial, impuesta por aquellos que de alguna manera creen que hacer ciencia es deshumanizar. Pero, mas allá de esa falsa dicotomía, Willey anota que periodos de afán por conocer el pasado son sucedidos por periodos en los cuales nos preguntamos cómo, para qué y para quién indagamos ese pasado. Aunque de alguna manera ninguna de estas tendencias en realidad reemplaza a la otra, es posible afirmar que hoy en día, sobre todo en Europa, los investigadores se inclinan más por a lo que Willey llama "humanismo" (Leone 1982; Fowler 1987; Shanks y Tilley 1987, 1989; Wylie 1989; Trigger 1990). Algunos de los trabajos propios de esta reflexión empiezan a conocerse en Colombia, si bien a través de los innumerables filtros idiomáticos y de falta de acceso a la bibliografía, que hacen que muchas veces las ideas lleguen tarde y lleguen mal.

Un país como éste, en el cual la investigación arqueológica y etnohistórica ha sido muy limitada y la contribución propia a los debates teóricos inexistente, es fácil presa de las recientes modas. Modas que se aceptan sin espíritu crítico,

en el afán de algunos investigadores por mostrar que están al día. Por esta razón es importante aceptar el diálogo académico internacional pero no como algo procesado, sino en el contexto de nuestros propios intereses y de acuerdo con los desarrollos propios de nuestra disciplina. Tal es el caso de las tendencias a ver el estudio del pasado única y exclusivamente como reflejo de conspiraciones políticas actuales, tendencias que fácilmente podrían llevar a un callejón sin salida, y que más por su atractivo "político" que por su seriedad se pueden imponer en el país. Como marco de referencia de este artículo quiero tomar la discusión sobre los factores sociales que condicionan nuestra labor de investigadores del pasado. Mas específicamente, el objetivo de este artículo es doble; primero, quiero analizar la relación entre algunos aspectos de la historia social colombiana y el desarrollo de los estudios arqueológicos y etnohistóricos en Colombia, desde el siglo XVI hasta inicios del XX; segundo, pretendo discutir cuál ha sido el impacto de esa relación en la antropología colombiana hoy en día¹.

En general, cuando se habla del uso político del pasado en América Latina se hace referencia al interés que tiene el estado en legitimar su autoridad (Fowler 1987: 229). En otros casos se describe el interés de la clase dominante por identificar su historia con la de Europa, o en crear un sentimiento de unidad nacional mediante una política "indigenista" (Trigger 1984: 358-60). Aquí, quiero mostrar cómo el desarrollo de la arqueología y la etnohistoria en Colombia no se puede entender como el resultado de una ideología de estado homogénea, sino como consecuencia del conflicto de intereses entre los sectores que comparten, en diversos momentos, el control del estado. Quiero sugerir cómo ese conflicto de intereses ha llevado al desarrollo de dos tipos de historia, una "blanca" (hoy a cargo de los historiadores) y otra "indígena" (hoy a cargo de los antropólogos). Ambos reclaman para sí alguna forma de superioridad sobre la otra, sin embargo, comparten su origen en intereses de clase que no tienen que ver con intereses científicos. Por lo demás, esta división hoy en día constituye un obstáculo para la pretensión científica de llegar a

1. Escogí las primeras décadas del siglo XX como límite de esta investigación porque ellas marcan el inicio de una antropología fomentada directamente por el estado, así como el inicio de investigaciones llevadas a cabo por extranjeros. Así, en 1902 se funda la Academia de Historia de Bogotá y en 1941 el Instituto Etnológico (Pineda 1984: 229); en 1913 Konrad Theodor Preuss inicia excavaciones en San Agustín; A. Mason trabaja en cercanías a Santa Marta a partir de 1922; S. Linné trabaja en el Darién hacia 1926, Henry Wassén en Calima en 1937 y por la misma época G. Bolinder en zona Muisca, y finalmente G. Mason en Santa Marta en 1938. Para una visión general de la historia de la antropología en el país véanse Duque (1965), Uribe (1980), Pineda (1984), Burcher de Uribe (1985) y Arocha (1989). Sobre el Museo Nacional se recomienda la monografía de Botero (1993).

generalizaciones válidas sobre el comportamiento humano (Trigger 1990: 375).

En éste artículo parto de la base que el estado no constituye una unidad monolítica, sino una suma de fuerzas potencialmente conflictivas, sujeta a múltiples influencias por parte de la clase dominante (Gailey y Patterson 1987: 7). El estado no es un grupo monolítico de intereses, sino más bien un catalizador de los conflictos entre diferentes grupos sociales, que tienen mayor o menor participación en éste y cuya influencia cambia con los tiempos. Por lo tanto, la actitud intelectual con respecto al estudio del pasado refleja, no una posición estatal dominante sino un conjunto de posiciones, muchas veces antagónicas a veces irreconciliables, que pretenden legitimizar el rol de determinado sector de la sociedad, en su lucha contra otros por el poder. La variedad de posiciones expresadas por miembros de la élite colombiana con respecto a la historia indígena escapa cualquier correlación simplista entre "intereses del estado" y estudios antropológicos. La relación entre procesos sociales y desarrollos de la antropología existe, pero es compleja. Tanto el indigenismo más chovinista como el hispanismo más aberrante coexisten en Colombia, desde sus orígenes hasta nuestros días y han sido practicados por grupos que comparten en alguna medida el poder político.

ESTUDIOS DE LAS SOCIEDADES INDIGENAS DURANTE LA COLONIA

El interés por el pasado indígena (ya sea para exaltarlo o para negarlo) tiene su origen en una situación colonial. De hecho, el inicio de la investigación sobre la historia indígena fue fomentado desde España por diversos sectores de la sociedad peninsular. Este proceso se refleja ya en una producción intelectual de cierta importancia a partir del siglo XVI, que como paso a mostrar, obedece a intereses de grupos en conflicto y no a una ideología estatal homogénea. Durante los siglos XVI y XVII estos conflictos involucraron principalmente a las diferentes órdenes religiosas así como a historiadores criollos y peninsulares; en el siglo XVIII los conflictos incluirían a la Corona y la Iglesia.

Los primeros historiadores españoles interesados en la historia indígena fueron religiosos empeñados en reconstruir el pasado del país a partir de fuentes primarias escritas durante el proceso de conquista (Tovar 1982: 10-1; Pineda 1984). Tal es el caso de Juan de Castellanos, Pedro Simón, Juan Rodríguez Freyle, Lucas Fernández de Piedrahita o Alonso de Zamora, entre otros. Este grupo de historiadores, lejos de pertenecer a un grupo social con

propósitos idénticos, representó diferentes intereses. No se trata de conquistadores que pretenden justificar sus conquistas. Se trata de autores que toman cierta distancia de esos hechos y los interpretan desde la óptica de su propio contexto. Un conflicto de intereses que permeó las interpretaciones de los primeros historiadores coloniales es el que los cronistas criollos, particularmente Aguado y Simón, mantuvieron con la institución de los "cronistas oficiales", que otorgaba el privilegio de interpretar la historia americana a historiadores peninsulares, patrocinados por la Corona (Friede 1959; Ramos 1963). Los trabajos de estos historiadores también reflejan los intereses contradictorios que enfrentaban a sus respectivas órdenes. Algunos, como por ejemplo la *Historia de la Provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada* de Fray Alonso de Zamora, fueron encomendados para legitimizar el rol de una determinada orden (y criticar el de otras) en la conquista de Indias. En un sentido más general, ya para los primeros años de la Colonia diferencias profundas separaban a los historiadores religiosos "colonialistas" e "indigenistas" (Friede 1976). Por un lado, cronistas como Fray Bartolomé de las Casas inician una tradición intelectual que criticó la destrucción de las Indias; por otro, una plétora de autores legitimizó la colonización en términos morales y religiosos (Friede 1976; Tovar 1982).

El estudio de las lenguas indígenas es un campo en el cual el conflicto de intereses entre diferentes órdenes religiosas es evidente. Los primeros estudios lingüísticos obedecieron a la necesidad de convertir a la población indígena al catolicismo, y así aumentar el poder de la Iglesia (Triana y Antoverza 1987: 540-1). En el siglo XVI la Corona apoyó esos estudios porque consideraba prioritario dar unidad en la fé a los dominios imperiales y predominaba el argumento que la religión católica sólo podía enseñarse efectivamente en las lenguas indígenas. Esto llevó a que diferentes órdenes compitieran por el aprendizaje de lenguas americanas y se compusieran los primeras gramáticas, sobre todo por parte de jesuitas y dominicos (Lucena 1965; González 1980; Triana y Antoverza 1987).

Esta situación persistió hasta que, durante los siglos XVII y XVIII ciertas comunidades religiosas, así como funcionarios de la Corona, insistieron en que la catequización se llevará a cabo en español. Obviamente, esta posición la mantuvieron aquellas órdenes menos favorecidas en la competencia por dominar lenguas indígenas. De esta forma, se empezó a argumentar que las lenguas nativas no permitían enseñar efectivamente la doctrina cristiana, por no tener conceptos como "amor", "caridad" o "Virgen María" (Triana y Antoverza 1987). Eventualmente, a fines del siglo XVIII, la Corona aceptó que la doctrina se realizara en castellano y el interés de los religiosos por estudiar

lenguas indígenas decayó, excepto en áreas remotas donde éstas eran todavía relativamente fuertes²

Otro conflicto social que se refleja en los estudios sobre sociedades indígenas durante la colonia corresponde al que se desarrolló entre la Corona y la Iglesia en el siglo XVIII. Con el triunfo del racionalismo en Europa y el nuevo régimen de los Borbón en España, un mayor número de funcionarios españoles laicos empezó a escribir sobre temas indígenas. Un cambio importante en la administración colonial, fue acabar con la política aislacionista, en beneficio de la integración biológica y cultural de la población indígena (Safford 1991: 10-1). Estos nuevos desarrollos coincidieron con un período de distanciamiento entre la Corona y algunos sectores de la Iglesia, para los cuales la incorporación total de los aborígenes solo podía significar el fin de un sistema de tributos indígenas, que constituía una fuente de ingresos considerable.

Desde luego, algunos religiosos continuaron con su producción intelectual. Tal es el caso de Juan Rivero (/1736/ 1956) y su descripción de los pueblos de los Llanos Orientales, así como de Walburger³ y su crónica sobre los indígenas del Darién o Julian (1789/1951) con su trabajo sobre Santa Marta. Sin embargo, por primera vez la Corona estuvo en posición de tener un dominio más directo sobre las colonias y ese dominio implicó que numerosas obras estuvieran a cargo de funcionarios laicos y no de miembros de la Iglesia. Así, a finales del siglo XVIII se escriben las descripciones de Darién de Antonio de Arévalo (Langebaek 1989) y Antonio de Narvaez⁴, la de los indios guajiros de Antonio de Arévalo⁵, las relaciones de de Francisco Requena (Cohen 1988) y de Antonio de la Torre (Gómez 1973) sobre la Orinoquia y Amazonia, entre otras.

Las obras escritas a finales del siglo XVIII generalmente describieron sociedades de áreas marginales, donde la Iglesia y la Corona competían por el poder político y económico: la Guajira, la Orinoquia y el Darién. Estas áreas ofrecían problemas que afectaban a ambos grupos de interés, tales como la

2. Por ejemplo la *Gramática Guajira y la Introducción a la gramática Koggaba* de Rafael Celedón.
3. La obra de Jacobo Walburger se titula "Relación sobre la Provincia del Darién"; es de 1748 e inédita. Carlos M. Fitzgerald y el autor trabajan actualmente para publicarla en su integridad.
4. Se trata de la "Descripción del Golfo e Istmo del Darién", de 1761, que se encuentra en el Archivo Histórico Militar de Madrid (Langebaek 1989)
5. Fechada en 1974 (AHM Rollo 57).

penetración de potencias extranjeras, el contrabando y las insurrecciones indígenas. Las descripciones sobre grupos indígenas, tanto las escritas por religiosos como por laicos, incluyen información directamente orientada a enfrentar esas amenazas: ubicación de los principales asentamientos indígenas, la cantidad de “indios de armas”, sus estrategias militares y armas. Sin embargo, las aproximaciones que se ofrecieron a los problemas de las áreas periféricas del Imperio no fueron las mismas. Walburger y Rivero defendieron el rol que los religiosos podían jugar en el dominio de las áreas de frontera. Sin embargo, en 1767 el conflicto por el dominio sobre áreas marginales se resolvió en favor de la Corona, con la expulsión de los jesuitas y el uso de fuerza militar en las áreas de frontera (Service 1955: 416). Las descripciones de funcionarios laicos sobre áreas marginales vinieron a predominar claramente sobre las obras de los religiosos, después que la Corona triunfara en su lucha contra los jesuitas.

El interés por estudiar el pasado indígena en Colombia durante la Colonia alcanzó su apogeo durante los últimos años de dominación borbónica. A los numerosos funcionarios laicos que empezaron a escribir descripciones detalladas sobre las sociedades indígenas del país, se sumaron los primeros trabajos de carácter arqueológico propiamente dicho (Cabello Carro 1989). A fines del siglo XVIII la Corona estaba interesada en iniciar colecciones de restos arqueológicos (Lorenzo 1978: 141; AGI Indiferente General 1530, 1547 y 1552). Julian (1951: 257) anotaba en 1789 que algunas autoridades virreinales coleccionaban antigüedades muisca. En 1795 José Domingo Duquesne inició estudios sobre los supuestos “calendarios” muisca; años más tarde, Alexander von Humbolt retomó las interpretaciones de Duquesne sobre los supuestos “calendarios” y describió restos arqueológicos en diversas partes del país, labor en la cual Juan de Santa Gertrudis en 1757 y Caldas en 1797 también se destacaron (Duque 1965). En 1780, José García de León y Pizarro, en su visita al Ecuador, describió en detalle huesos de presuntos gigantes excavados en la Península de Santa Helena. La producción intelectual de fines del siglo XVIII llegó a generar algunas interpretaciones sobre las culturas indígenas de indudable interés. Walburger en 1748 interpretó el infanticidio de varones entre los cunas como resultado de la costumbre de pago de servicios por parte de los hombres a la familia de las mujeres, después del matrimonio y Requena explicó el canibalismo de las tribus de la Orinoquia como falta de acceso a carne animal. Los trabajos de Duquesne y von Humbolt sobre los “calendarios” muisca intentaron explicar cómo los muisca planificaban sus actividades económicas. García de León y Pizarro, por su parte, escribió una exhaustiva descripción de los huesos encontrados en Santa Helena, incluyendo aspectos tales como peso, color y medidas; en su trabajo presenta un

meticuloso argumento en el sentido que los huesos encontrados correspondían a restos de fauna extinta y no a gigantes como sostenía la tradición popular. Este sorprendente desarrollo de la investigación sobre el pasado o las sociedades indígenas contemporáneas se extinguió sin embargo, en la medida en que la elite criolla aumentó su poder económico y político durante los últimos años del siglo XVIII y principios del XIX.

ETNOHISTORIA E INDEPENDENCIA

Hemos explicado cómo, para fines del siglo XVIII las preocupaciones intelectuales referentes a los problemas indígenas involucraban a diferentes sectores de la administración española, cuyos intereses frecuentemente se encontraban en conflicto. Los principales protagonistas fueron la Corona y las diferentes ordenes religiosas. A fines del siglo XVIII, a medida que la administración borbónica se hizo menos eficiente y los conflictos de interés entre la élite criolla y la administración española se agudizaron, los criollos laicos empezaron a participar más activamente en el estudio del pasado aborigen. Este interés se limitó, sin embargo, a los años inmediatamente anteriores a la independencia y se desvaneció una vez los españoles fueron derrotados. De hecho, haciendo una comparación con los finales del siglo XVIII, el interés por el estudio del pasado indígena en Colombia durante los primeros cincuenta años de vida independiente fue mínimo.

El entusiasmo criollo por temas indígenas en los años previos a la Independencia se observa en los trabajos difundidos por el *Papel Periódico Ilustrado de Santa Fé de Bogotá*. En esa revista, se empezaron a publicar a fines del siglo XVIII artículos sobre las "cualidades morales" de los indígenas⁶. Con estos trabajos, miembros de la élite criolla resaltaban las cualidades de caudillos indígenas, como símbolo de resistencia al español. En general, sin embargo, se trata de trabajos que corresponden al campo de la poesía —exaltaciones pseudopolíticas— y no de descripciones sistemáticas de sociedades indígenas o restos arqueológicos.

Durante los años de la guerra de Independencia, y hasta mediados del siglo XIX, se cuenta con pocas evidencias de interés por lo indígena. Además, parte

6. Véase el *Papel Periódico Ilustrado* reeditado por el Banco de la República (Bogotá) en 1978, números 320-324, 544-547 y 552-556.

7. Por ejemplo M. Paravey con su "Mémoire sur l'origine japonaise, arabe et basque de la civilisation des peuples du plateau de Bogotá" de 1835, así como Francis Hall y Cochrane en 1825, Bache en 1826, Mollien en 1823, Duane en 1826) y Hamilton en 1827 entre otros. Para una completa relación de viajeros en Colombia ver Jiraldó (1957)

de los pocos trabajos realizados corresponden a viajeros extranjeros⁷. Esto puede ser parcialmente el resultado del período de violencia y caos económico que caracterizó la Independencia colombiana, violencia que afectó diversas esferas de la producción intelectual en otras partes de América (Lorenzo 1981: 196). El peligro de rebeliones indígenas durante los primeros años de la Independencia fue otro factor que quizás no permitió un campo más fértil para que la élite criolla exaltara las “cualidades” de la raza indígena.

En efecto, la revolución criolla no fué una guerra popular (Andrews 1985: 128) y muchas veces la posición de los indígenas fue de rechazo a tal movimiento (Friede 1972). Durante el levantamiento de los comuneros en 1781 —que incluyó elementos de reivindicación para indígenas, mestizos y criollos pobres (McFarlane 1985)— muchos futuros líderes de la Independencia estuvieron del lado de la Corona (Halperin-Donghi 1973: 11). En algunas partes del país, la tensión entre criollos e indígenas era mayor que la que existía entre las autoridades españolas y los indígenas (Liévano 1974 2: 623; Bushnell 1966: 169)⁸. Por lo demás, la composición étnica de la Nueva Granada no hacía necesario, como en México, movilizar grandes masas indígenas para derrotar a los españoles (Collier 1985: 397; Jimeno 1985: 25).

La posición ambigua de los criollos con respecto a la población indígena se refleja en las distintas opiniones que tenían los líderes de la Independencia con respecto al carácter de su propia lucha. Francisco de Miranda, presentó la guerra de Independencia como continuación de la resistencia indígena al español, llegando a sostener, con una buena dosis de imaginación, que los americanos eran descendientes de los “ilustres guerreros” que “quisieron mas bien morir bajo los muros de México, de Cuzco o de Bogotá que arrastrar las cadenas de la opresión” (en Cazali 1968: 47). Para muchos otros, la lucha poco tenía que ver con los indígenas. Bolívar mantuvo una actitud distante con respecto al indígena (Collier 1985: 395). Nariño, por su parte, opinaba abiertamente que los americanos no podían “dejar de ser españoles, de hablar el mismo idioma...(y) de tener las mismas costumbres” (en Porras 1952: 399). Camilo Torres expresaba en 1810 que “tan españoles somos como los hijos de Don Pelayo” (Jaramillo 1977: 30).

8. Las tensiones entre criollos e indígenas se refleja, por ejemplo, en que cuando finalmente los cuna del Darién acceden al establecimiento de colonos en sus tierras a fines del siglo XVIII, solicitan a la Corona que únicamente españoles nacidos en la península entren a sus tierras (Archivo General de Indias Fondo Panamá 305 f 305r-v). Los guajiros se oponen a los criollos de la región, porque ambos compiten por el comercio ilícito, incluyendo el de esclavos, con potencias europeas (Bushnell 1966: 169).

LA ETNOHISTORIA EN EL SIGLO XIX

El interés por estudiar el pasado indígena únicamente vino a resurgir varios años después de la Independencia, a mediados del siglo XIX; esta vez, en un período que corresponde con la expansión del capital extranjero en América Latina, la llegada de numerosos viajeros europeos y norteamericanos y el desarrollo de teorías de evolución social en el Viejo Mundo. En esta ocasión, sin embargo, la consolidación del estado criollo tampoco llevó a una ideología monolítica de estado. A partir de mediados del siglo XIX se puede distinguir un período en el cual las contradicciones entre conservadores y liberales llevaron al desarrollo de visiones de la historia nacional, completamente antagónicas (Pineda 1984), con los liberales enfatizando a veces una historia "nacionalista" y los conservadores generalmente una "colonialista".

Después de la Independencia algunos reformistas liberales encontraron en la idealización del pasado indígena un arma importante en su lucha contra la Iglesia. Así, la explotación del indígena se utilizó como argumento para repartir resguardos y vender tierras de propiedad de la Iglesia, medidas que favorecieron económicamente a los terratenientes criollos (Helguera 1974: 7; Lievano 1974, 2: 622). Simultáneamente, sin embargo, otra serie de autores conservadores defendió abiertamente el rol de la Iglesia en la cristianización de los indígenas, reconociendo a ésta, junto con la lengua, como factores de unidad nacional y legado positivo de la conquista española. Ambas posiciones se basaban, paradójicamente, en la necesidad de crear una sociedad nacional homogénea (Helguera 1974: 8).

Los liberales llegaron al poder en 1849 con una agenda política radical. En los períodos en que su dominio fué más claro lograron imponer algunas reformas. En 1850 expulsaron a los jesuitas; en 1851 abolieron la esclavitud; en 1853 establecieron el sufragio universal para la población masculina. Para 1870 plantearon la educación libre. Estas reformas continuaron hasta las últimas décadas del siglo XIX, cuando los conservadores retomaron el poder. Desde 1880 y hasta 1930 aproximadamente los conservadores llevaron a cabo un nuevo acercamiento entre Estado e Iglesia (Jimeno 1985). Durante todos estos años, sin embargo, violentas guerras civiles continuaron afectando al país (Halperin Donghi 1973: 1-43; Bushnell y Macaulay 1988: 209-20).

A partir de mediados del siglo XIX la élite liberal reemprendió trabajos sobre el pasado indígena, particularmente gracias a actividades de la Comisión Corográfica de 1850 (p.e Manuel Ancizar). En 1853, se reglamentó el funcionamiento del Museo Nacional y en años posteriores se implementaron

leyes de protección de patrimonio nacional (Duque 1965: 79; Botero 1993); también durante la segunda parte del siglo XIX salieron a la luz numerosos artículos y libros sobre la historia de los indígenas que vivían en el país (Uribe 1980: 283). Simultáneamente, se publicaron crónicas y documentos de la conquista (p.e Cuervo 1892). Este renovado interés en los indígenas coincidió no sólo con el período de apogeo liberal (Uribe 1980: 283; Pineda 1984: 200) sino también con un renovado interés extranjero por los asuntos americanistas⁹.

Las luchas políticas entre sectores liberales y conservadores se reflejan en los trabajos de los historiadores de la época. Mientras algunos sectores empezaron a identificarse con la necesidad de crear una identidad nacional mestiza en oposición a la española, otros legitimizaron su autoridad en términos de su origen europeo, enfocando los estudios históricos a probar la inferioridad de la raza indígena y la mediocridad de la mestiza. Así, aunque la Colombia de mediados del siglo XIX se destacó por ser uno de los bastiones mas fuertes de la "hispanidad" en Latinoamérica (Jaramillo 1977: 28-9), la elite liberal pretendió inventar una identidad nacional a partir de "civilizaciones" precolombinas, particularmente de la muisca (Pineda 1984: 202). Otros liberales, pero también algunos conservadores como el escritor costumbrista Eugenio Díaz, empezaron a congeniar la "hispanidad" con el "indigenismo", exaltando supuestas cualidades étnicas de la raza mestiza.

En 1848, Joaquín Acosta (1971) escribió una de las primeras síntesis de historia nacional y en ella resaltó el rol de la cultura muisca en la formación de la nacionalidad. Poco después, en 1854, Ezequiel Uricoechea sostuvo que los muiscas de los alrededores de Bogotá habían alcanzado un nivel de desarrollo comparable al de los incas y mexicanos, muy superior al de los "salvajes" de las tierras bajas (Pineda 1984: 203). Para Liborio Zerda los muiscas alzaron un nivel de desarrollo "neolítico". Sin embargo el autor, a diferencia de Uricoechea, planteó abiertamente que se necesitaba que España "viniera en ayuda del continente" para que los muiscas superaran la etapa neolítica (Zerda /1892/1972 1: 14). Su opinión sobre el desarrollo de los muiscas difería de la

9. Este interés culminó con el Primer Congreso de Americanistas de Nancy en 1875 en el cual Broca (1875) describió una colección de cráneos muiscas. También sobresale el trabajo arqueológico de Bollaert, quien llega a Colombia después de leer el *Manual of Ethnological Inquiry* publicado en 1852 por la British Association; en su trabajo se describen y comparan restos arqueológicos de Panamá, Venezuela, Ecuador Perú, Chile y Colombia. Otros autores siguieron participando con temas colombianos en sucesivos Congresos de Americanistas, entre ellos Max Uhle en 1890, con su obra sobre los chibchas. Por lo demás el influjo de viajeros interesados en el pasado indígena es considerable. De Bretes en 1898, Reclús en 1893 y Sievers en 1886 entre muchos otros (Jiraldó 1957).

de Uricoechea; la existencia de caminos enlazados en el Altiplano, por ejemplo, eran para Zerda (/1892/1972 2: 172) prueba de la existencia de una raza superior anterior a la muisca.

Otros intelectuales de la época llegaron a sostener ideas muy diferentes a las de Zerda. Manuel Uribe (/1885/1972) defendió la idea de que los habitantes de Antioquia no habían alcanzado un nivel de desarrollo notable. Uribe planteó además la inferioridad de la raza indígena y la superioridad del elemento mestizo, predominante en la nación. Vicente Restrepo, en 1895, llegó a atacar la exaltación de la cultura muisca; en primer lugar destacó cómo lo que se sabía hasta el momento sobre los muisca era pura conjetura y que, además, ellos no podían ser pilar de la nacionalidad, porque se trataba apenas de uno de los innumerables grupos que ocupaban Colombia a la llegada de los españoles. Sostuvo, además, que tanto el estudio de monumentos como de documentos sugería que la sociedad muisca era relativamente pobre (Restrepo 1972).

ESTUDIOS SOBRE EL PASADO INDÍGENA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

El conflicto generado entre los partidarios de una identidad "hispana" o "mestiza" y una "indígena" continuó en los inicios del siglo XX. En general, en ciertos ámbitos académicos el debate se resolvió en favor de una identidad basada en una supuesta "continuidad" del estado colombiano, a partir de la experiencia muisca, o de una raza mestiza supuestamente superior. En otros círculos académicos, y sobre todo, en el plano de la educación —de los textos de didácticos— el debate favoreció una identidad cuando no "hispana" por lo menos republicana (p.e el texto de Henao y Arrubla).

La publicación del Boletín de Historia y Antigüedades a partir de 1902 permite seguir algunos de los desarrollos más notables —y contradictorios— de la antropología colombiana (Burcher de Uribe 1985). Ernesto Restrepo (1902a, 1902b, 1903a, 1903b) publicó una serie de artículos que evalúan la información disponible en su momento sobre una gran variedad de temas indígenas. En 1902, propuso que la prehistoria colombiana se podía ver como resultado de tres oleadas migratorias. Primero, los artífices de las estatuas de San Agustín habrían venido desde México; luego los muisca y taironas se adueñaron del país; finalmente los salvajes caribes habrían llegado procedentes de las Antillas o Venezuela. Así, concluyó Restrepo, "la llegada de los españoles fué providencial a estas tierras...(porque) el Creador quiso preservar sus criaturas", es decir los civilizados muisca (Restrepo 1902b: 211). En 1903 Cuervo Márquez (1903) clasificó a los muisca como un "estado en vías de

formación” y ubicó su noble origen en el Cuzco (Boletín 1 (6): 286). Numerosas teorías difusionistas de inicios del siglo XX aspiraron a darle un origen mexicano o peruano a los muisca (Burcher de Uribe 1985). La exaltación de los muisca aparece clara cuando en 1904 se publicó en el Boletín (2 (20): 484) una lista de los mandatarios de Colombia en la cual los últimos caciques muisca figuran como los primeros gobernantes de Colombia.

Sin embargo, durante los mismos años cuando el Boletín publicaba estos artículos, daba cabida también a trabajos como el de Mariano Ospina Rodríguez (Boletín 1906 32: 512) en los cuales se criticaba cualquier intento de fundamentar la unidad nacional en orígenes étnicos. En opinión de Ospina, los colombianos eran descendientes, en efecto, de “polizones” andaluzes, “hordas” de indios bárbaros o semicivilizados y “manadas” de africanos atrapados en Africa como gallinas. Incluso autores como Cuervo Márquez (Boletín 1906 35: 680) que favorecieron la identificación del estado con raíces muisca reivindicaron en algunos de sus trabajos el rol de otras sociedades; el de los caribes, por ejemplo, fué resaltado al sostener que éstos habían jugado un papel similar al que los sajones y daneses habían desempeñado en el Viejo Mundo.

NOTAS FINALES

El inicio y desarrollo de los estudios arqueológicos y etnohistóricos en Colombia, está íntimamente ligado a las luchas sociales que se iniciaron con la conquista española y continuaron durante los siglos siguientes. La Iglesia, la Corona Española, la élite criolla, los liberales y los conservadores del siglo XIX han echado mano del estudio del pasado indígena, de una forma o de otra, para legitimizar su posición en la sociedad. Factores sociales ligados a intereses de grupos sociales han determinado varios aspectos del desarrollo de la disciplina: en primer término en cuáles períodos hay más interés por estudiar sociedades indígenas (como el último período de dominio Borbón y mediados del siglo XIX en oposición a los primeros años de dominio criollo); también, y más importante, quiénes estudian las sociedades indígenas (religiosos vs. laicos, criollos vs. españoles, liberales vs. conservadores), qué aspectos han recibido más interés (como es el caso de los estudios sobre lenguas indígenas); o, finalmente, incluso cuáles sociedades se estudian (como es el caso del interés de la Corona por los grupos de frontera militar a fines del siglo XVIII o de los liberales del siglo XIX y principios del XX por identificar la nacionalidad colombiana con los muisca).

Sin embargo, sería extremadamente simplista ver el interés por reconstruir, o simplemente evocar, un pasado indígena como resultado de las necesidades de un Estado y de una ideología homogénea, producto de sus demandas políticas. Por el contrario, desde sus inicios el interés por el pasado ha estado orientado a legitimizar sectores de la sociedad que no solamente tienen intereses distintos, sino que además han estado en permanente conflicto. Por esta razón, las interpretaciones sobre ese pasado siempre han ofrecido un amplio contraste, que no se puede pasar por alto.

Hasta qué punto la herencia del pasado sigue presente en nuestros días? Hoy, como en el siglo XIX, diferentes aproximaciones a la historia nacional compiten en un mismo Estado. Coexisten desarrollos marxistas, positivistas y postmodernistas, todos ellos favorecidos por el Estado a través de fondos para publicaciones, universidades o fundaciones. El desarrollo de la antropología colombiana poco afecta a un Estado que no sustenta su existencia ni como exclusivamente "europeo", "mestizo" o "indígena". Así, el Estado colombiano se puede dar el lujo de financiar científicos sociales "marxistas" cuya retórica incluye argumentos contra el Estado tal y como está constituido actualmente.

Hay que reconocer que el siglo XX trajo consigo cambios importantes en la antropología colombiana: primero, surgen tendencias de investigación que explícitamente aspiran a cierta objetividad científica, desligada de intereses políticos; a partir de los años 40 se desarrolla una antropología en mayor medida controlada por el estado y, a partir de los 60 se fundan departamentos de antropología (Pineda 1984). Sin embargo, el siglo XIX ha dejado una herencia en nuestros días y en gran medida esa herencia dificulta el desarrollo de una antropología científica en el país. Aún hoy subsisten dos aproximaciones a la historia nacional. Por un lado los historiadores investigan el pasado colonial y republicano; por otro, los antropólogos tienden a investigar el pasado indígena o las sociedades indígenas contemporáneas. El interés por lo indígena se justifica en términos tales como su "sabiduría ancestral", su "superioridad" moral o su impacto en la organización política de la nación colombiana (p.e Arango 1972: 70-81). Todavía hoy, los muisca son la nación indígena oficial para muchos sectores de la sociedad (Langebaek 1990) y no hay reina de belleza que no acuda a Cartagena con alguna caricatura del traje "indígena" de su región. Por otra parte, el interés por la historia colonial y republicana se justifica en términos del poco impacto de la historia precolombina en el desarrollo del país y es aún eurocéntrica. De ello da fe buena parte de la producción academicista sobre la historia del país.

La división entre dos historias, una “blanca” y otra “indígena” se refleja incluso en la forma como están organizados los museos de la nación: unos están dedicados a las sociedades indígenas y otros al período hispano y/o republicano. La sola idea de exhibir piezas producidas durante la colonia en un museo dedicado a “lo indígena” levanta polémica entre los antropólogos. Herramientas arqueológicas adecuadas para el estudio del período colonial han sido completamente desaprovechadas porque la arqueología ha pasado a ser parte del “estudio de los indios” no de los “blancos”, “negros” o “mestizos”.

Los estudios históricos están en una posición ideal para establecer generalizaciones con respecto a procesos sociales, porque pueden estudiar la más amplia variedad de sociedades en la más amplia gama de circunstancias posibles. Una herencia del siglo XIX que fracciona la historia del país en “mundos diferentes” de acuerdo con categorías étnicas, justifica, en el fondo, una posición relativista extrema y dificulta el desarrollo de la disciplina, porque impide aspirar a llegar a generalizaciones válidas. Un breve examen de la historia de la disciplina nos puede ayudar a tener consciencia sobre el origen de esas dificultades y así poder encontrar soluciones. Pienso que una visión del estado nacional como una suma compleja de contradicciones entre grupos de interés, en oposición a una unidad monolítica, y de la producción antropológica como diversa, en oposición a homogénea, permite tener una idea más acertada de lo que ha sido el desarrollo de la antropología en el país, y de sus posibilidades en el futuro.

REFERENCIAS CITADAS

ACOSTA, Joaquín

1971 Historia de la Nueva Granada. Medellín, Bedout.

AGI Archivo General de Indias

1530 *Fondo Indiferente General*. AHM Archivo Histórico Militar. Madrid, España.

ANDREWS, George R.

1985 Spanish American Independence- A Structural Analysis. *Latin American Perspectives*, 44 (1): 105-132.

- ARANGO JARAMILLO, Manso
1972 *Ancestro Afroindígena de las instituciones colombianas: bases para una revolución nacional*. Bogotá, Ediciones Bochica.
- AROCHA, Jaime
1989 Antihéroes en la historia de la antropología en Colombia: un rescate. En: *Nueva Historia de Colombia*, 4: 247-56. Bogotá, Planeta Editorial.
- BOLLAERT, W.
1860 *Antiquaries, ethnological and other researches in New Granada, Ecuador, Perú and Chile*. London; Tröber and Co.
- BOTERO, Clara Isabel.
1993 La apropiación del pasado y presente indígenas. Conformación de colecciones arqueológicas y etnográficas del Museo Nacional (1823-1934) y Museo Arqueológico y Etnográfico (1939-1948). Tesis de Grado, Departamento de Antropología, Universidad de los Andes.
- BROCA, P.
1875 Sur deux séries de crânes provenant d'anciennes sépultures indiennes des environs de Bogotá. *Compte-rendú du Congrès Interantional des Américanistes*, 1: 367-82.
- BURCHER DE URIBE, Priscila.
1985 *Raíces de la Arqueología Colombiana*. Medellín, Universidad de Antioquia.
- BUSHNELL, D.
1966 *El Régimen de Santander en la Gran Colombia*. Bogotá, Tercer Mundo Eds.
- _____ y MACAULAY, N.
1988 *The Emergence of Latin America in the Nineteenth Century*. New York, Oxford University Press.
- CABELLO CARRO, Paz.
1989 *Coleccionismo americano indígena en la España del siglo XVIII*. Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica.

LA ELITE NO SIMPRE PIENSA LO MISMO

CAZALI, Augusto.

1968 *Pensamiento de la Independencia*. Guatemala, Universidad San Carlos de Guatemala.

CHENU, Jeanne.

1988 Desde la tierra hacia las estrellas: búsqueda científica e identidad cultural en Nueva Granada. En: *La America Española en la Epoca de las Luces: 281-96*. Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica.

COHEN, Michele

1988 Diario de Viaje al Yapura por Francisco Requena. *Historiografía y Bibliografía*, 2:3-68.

COMEZ, Pedro.

1973 Diario y Relación del viaje hecho por el Capitán Don Antonio de la Torre..., *Historiografía y Bibliografía Americanistas*, 17 (1-2): 53-90.

COLLIER, Simon.

1985 Nationality, Nationalism, and Supranationalism in the Writings of Simón Bolívar. En: *Readings in Latin American History. Vol 1 The Formative Centuries* (Bakewell, P.; Johnson, J. and Dodge, M. Eds.): 390-413. Durham, Duke University Press.

CUERVO, Antonio.

1892 *Colección de documentos inéditos sobre la geografía e historia de Colombia*. Bogotá.

CUERVO, Carlos.

1903 Apuntaciones sobre los orígenes del pueblo chibcha. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 1 (6): 282-289.

DUQUE, Luis.

1965 Prehistoria-etnohistoria y arqueología. En: *Historia Extensa de Colombia*, 1. Bogotá, Editorial Lerner.

FOWLER, D. D.

1987 Uses of the Past: archaeology at the service of the State. *American Antiquity*, 52 (2): 229-48.

FRIEDE, Juan.

1959 La censura española y la Recopilación Historial de Fray Pedro de Aguado. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 6 (2): 167-92.

1972 *El Indio en lucha por la tierra-historia de los resguardos del macizo central colombiano*. Bogotá, Ediciones la Chispa.

1976 *Bartolomé de las Casas: Precursor del anti-colonialismo*. México, Siglo XIX.

GAILEY, Christine y Patterson, C. Thomas.

1987 Power Relations and State Formation. En: *Power Relations and State Formations* (Patterson C. T. y Gailey Ch. Eds): 1-26. Washington, American Anthropological Association.

GOMEZ, Thomas.

1988 La evolución del mundo indígena en Nueva Granada y sus reacciones ante un aspecto del reformismo borbónico. En: *La America Española en la Epoca de las Luces*: 251-66. Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica.

GONZALEZ, M. S.

1980 Trayectoria de los estudios sobre la lengua chibcha o muisca. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.

HALPERIN-DONGHI, Tulio

1973 *The Aftermath of Revolution in Latin America*. Nueva York, Harper Torchbooks.

HELGUERA, Jose L.

1974 *Indigenismo in Colombia: A Facet of the National Identity Search, 1821-1973*. Buffalo, Special Studies Series-State University of New York.

JARAMILLO, Jaime.

1977 *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*. Bogotá, Biblioteca Básica Colombiana, 28.

JIMENO, Myriam

- 1985 El Estado, las políticas estatales y los indígenas. En: *Estado y minorías étnicas en Colombia* (Jimeno, M. y Triana, A. Eds.): 17-62. Bogotá, Editorial Arte Nuevo.

JIRALDO, Gabriel.

- 1957 *Bibliografía colombiana de viajes*. Biblioteca de Bibliografía Colombiana. Bogotá, Editorial A.B.C.

JULIAN, Antonio

- 1951 *La Perla de America. Provincia de Santa Marta reconocida, observada y expuesta en discursos Históricos*. Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura.

LANGEBAEK, Carl Henrik

- 1989 Un ejemplo de etnografía colonial: la descripción de la Provincia del Darién en 1763 de Antonio de Arévalo. *Boletín de Arqueología* 4 (1): 41-50.

-
- 1990 Buscando sacerdotes y encontrando chuques: de la organización religiosa muisca. *Revista de Antropología y Arqueología*, 6 (1): 82-103.

LEONE, M. P.

- 1982 Some opinions about recovering mind. *American Antiquity*, 47: 742-60.

LORENZO, José.

- 1978 Notes on the history of Ibero-American Archaeology. En: *Towards a History of Archaeology* (Daniel G. Ed.): 133-145. London, Thames and Hudson.

-
- 1981 Archaeology south of the Rio Grande. *World Archaeology*, 13 (2): 190-208.

LIEVANO, Indalecio.

- 1974 *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*. Bogotá, Tercer Mundo.

LUCENA, Manuel.

- 1965 Nuevo Reino de Granada. Real Audiencia y Presidentes de capa y espada (1605-1628). En: *Historia Extensa de Colombia*. Bogotá, Academia Colombiana de Historia-Editorial Lerner.

MCFARLANE, A.

- 1985 Civil Disorders and Popular Protests in Late Colonial New Granada. En: *Readings in Latin American History. Vol 1 The Formative Centuries* (Bakewell, P.; Johnson, J y Dodge, M Eds.): 292-327. Durham, Duke University Press.

PINEDA, Roberto.

- 1984 La reivindicación del Indio en el pensamiento social colombiano. En: *Un siglo de Investigación Social-Antropología en Colombia*. (Arocha J. y Friedemann, N. Eds.): 199-251. Bogotá, Etno.

PORRAS, Gabriel.

- 1958 *Historia de la Cultura en el Nuevo Reino de Granada*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla.

PPI (Papel Periódico Ilustrado) (6 vols.).

- 1978 Bogotá, Banco de la República.

RAMOS, Demetrio.

- 1963 La institución de Cronista de Indias, combatida por Aguado y Simón. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. 1: 101.

RESTREPO, Vicente.

- 1972 *Los Chibchas antes de la conquista española*. Bogotá, Biblioteca Banco Popular.

RESTREPO, E.

- 1902 a Comercio y agricultura Precolombinas. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 1 (3): 116-22.

-
- 1902 b Las invasiones caribes antes de la conquista española. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 1 (4): 196-211.

1903 a Apuntes sobre algunos dialéctos indígenas... *Boletín de Historia y Antigüedades*, 1 (8): 370-92.

1903 b Construcciones indígenas. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 1 (11): 574-96.

RIVERO, Juan.

1956 *Historia de las misiones de los Llanos de Casanare y los Rios Orinoco y Meta*. Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de la República.

SAFFORD, Frank.

1991 Race, Integration, and Progress: Elite Attitudes and the Indian in Colombia, 1750-1870. *Hispanic American Historical Review*, 71 (1):1-33.

SERVICE, Elman.

1955 Indian-European Relations in Colonial Latin America. *American Anthropologist*, 57: 411-25.

SHANKS, M. y TILLEY, Ch.

1987 *Social Theory and Archaeology*. Albuquerque, University of New Mexico Press.

1989 Archaeology in the 1990s. *Norwegian Archaeological Review*, 22 (1): 1-12.

TOVAR, Bernardo.

1982 El pensamiento historiador colombiano sobre la época colonial. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 10: 5-118.

TRIANA y Antoverza, H.

1987 *Las Lenguas Indígenas en la Historia Social del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.

TRIGGER, Bruce.

1984 *Alternative archaeologies: nationalist, colonialist, imperialist. Man*, 19: 355-70.

1990 *A history of archaeological thought*. Cambridge, Cambridge University Press.

URIBE, Manuel.

1972 *Compendio Histórico del departamento de Antioquia*. Medellín, Eds. Tomas Carrasquilla.

URIBE, Carlos A.

1980 *La antropología en Colombia. America Indígena*, 40 (2): 281-308.

WILLEY, Gordon.

1991 *Horizontal Integration and Regional Diversity: An Alternating Process in the Rise of Civilization. American Antiquity* 56 (2): 197-215.

WYLIE, Alison.

1989 *Introduction. Socio-political context. En: Critical Traditions in Contemporary Archaeology. Essays in the phylosophy, history and socio politics of archaeology*. Cambridge University Press.